

Hace medio siglo se inició con el martirio de los anarquistas de Chicago la lucha mundial por las ocho horas. ¿No habrá llegado el momento de imponer al fin la jornada máxima de seis?

GESTOS DE LOS PRESOS

La sublevación de San Miguel de los Reyes

IV

CINCO DIAS CON LOS PRESOS

Los presos es indudable, que durante muchas horas conservaron la fe en que el pueblo no les abandonaría.

Aún después de la rendición, mantuvieron esa confianza y esperanza en vano que en el corazón de una multitud embriagada de triunfo fácil y ficticio tuviesen repercusiones sus afanes y las impacencias. Ya tuvieron buen cuidado los partidos triunfantes de destacar una legión de paniaguados e incondicionales que arrojasen a raudales el agua que pudiese apagar todo fuego de entusiasmo.

Como es muy humano que la gente se incline por lo más fácil, lo más fácil en esta ocasión era esperar la libertad que se prometió en las propagandas electorales. Inconsciente o malvado hubo, que censuró a los presos su actitud de rebeldía, diciendo que bien podían esperar hasta que se decretara la amnistía; no se explicaban impacencias respetables y santas. ¡Qué importaban los presos si ya se tenían los votos! Los trémulos puestos en la voz por los oradores de partido al hablar del dolor y la miseria de los cautivos, desaparecieron por ensalmo. El tono era tajante, autoritario, del que ya tiene segura un acta que consiguió con engaños y falacias, explotando el dolor ajeno. El lenguaje lleno de subversivismos y de rebeldías puramente verbales, se substituyó sin esfuerzo, cayó de sus labios como cac un antifaz de un rostro.

Hablaban los diputados llenos de cicaterías, los que saben que en un futuro demasiado próximo tendrán que protestar de los desahogos de la plebe y tendrán que volver a llenar los presidios de descontentos que interrumpen la digestión de los poderosos; sus amos de siempre.

Por eso cuando los presos, al entrar de nuevo al día siguiente nos preguntaban: «¿Qué hace el pueblo? ¿Qué dice de todo esto?», nosotros teníamos que bajar la mirada avergonzados de tanta indiferencia, y ensayar el gesto de atenuar la magnitud de tanta cobardía.

No podíamos hacer otra cosa que abrazarnos, abrazar a todos, a los sociales y a los comunes, fundir la dolorosa impotencia de ellos y la nuestra, en espera de que algún día ese mismo pueblo despertara airado, destrozando sus ídolos políticos y les rompa sobre la frente la falsa aureola de redentores.

Como eran tantas las reclamaciones que se nos hacían, la comisión decidió, con objeto de facilitar su propia actuación, reunir a los presos en asamblea, para recoger sus aspiraciones y darles forma ante quien correspondiese.

Nos colocamos en las gradas del altar mayor. Un preso presidia, otro actuaba de secretario de palabras y allí donde en otro tiempo resonaron los cantos gregorianos y donde las

rodillas se doblaban humilladas por la religión, resonaban las voces de los sin derechos, imponiendo la razón y la justicia, el respeto y la consideración. Es posible que nunca más, ni los presos ni nadie viva instantes tan solemnes ni tan lejos de

en él, que no disimulaban el odio y el rencor hacia los vencedores ni los que con nuestra presencia impedíamos el crimen; se llegó a odiarnos tanto o más que a ellos. Más de una vez sonó el insulto a nuestra espalda. Se abocaban como perros hambrientos



la vida presidaria. No es posible que los que los vivieron puedan olvidarlos. Tenían una grandeza inenarrable. Sólo cuando se vive en períodos de descomposición social; cuando una insurgencia ha hecho tabla rasa de todo principio de autoridad, se pueden vivir instantes tan magníficos.

Cada día a la hora que se creía conveniente para cambiar impresiones y dar cuenta de lo actuado en la calle, se requería al corneta— otro preso—, se llamaba y todos acudían a congregarse en la nave de la iglesia, dormitorio y ágora. Allí se constataban las provocaciones diarias y se acordaba despreciarlas olímpicamente. Los presos, aun los comunes, sabían la impresión de su interés en demostrar su buen sentido. Arriba en el coro, las manchas negras de los de asalto mostraban el estupor de que las disensiones entre aquellos hombres, no acabasen en insultos en batalla campal. Tuvieron que dormir alguna noche, cinco en una colchoneta, otros en las losas del templo hasta que pudieron o quisieron traerlos. Se buscaba por todos los medios que volviese a estallar la protesta; dueños de las posiciones, dominando por completo desde las alturas a la población penal, se sabía que la masacre era segura, ofreciendo todas las garantías de la seguridad y de la ausencia del peligro. Se les provocaba a ellos y se nos provocaba a nosotros cada vez que tuvimos que pasar el rastrollo para cumplir nuestro cometido, por una legión de guardias de asalto situados

tos a los barrotes de la cancela del patio.

Los vigilantes, cuya cobardía no les permitió ni hacer el gesto de defenderse, estaban indisciplinados contra el director y los ayudantes. Presenciamos escenas de una brutalidad inaudita porque nos permitían el paso al interior. Estaban insubordinados porque no se metía la fuerza en los patios para acabar con aquello. A cada paso nos creaban una dificultad o un conflicto. Como las pistolas no aparecieron, impusieron cachos rigurosos que resultaron infructuosos y estériles. Los vigilantes hicieron plantas negándose a reparar el rancho. Tuvimos que salir para calmar la excitación de un jefe del ejército que influenciado por ellos quería terminar de una vez. Una noche, mientras unos presos puestos en la calle esperaban el reparto de colchonetas y otros paseaban con nosotros cruzando el patio, los de asalto se dedicaban a tirar al blanco desde los torreones de la fachada principal. Hasta bien entrada la madrugada se estuvieron sufriendo las descargas hechas sin ton ni son, sin más objeto que producir alarma e indignación.

Otro día los vigilantes se negaron a entrar el rancho. Los presos habían organizado equipos de limpieza compuestos de voluntarios.

Sin que nadie lo ordenase, se ponían en fila para el reparto del pan. Para aquellas gentes era insostenible que la actitud de los presos demostrase que eran innecesarios. Se aferraban a demostrar que ellos eran órganos de una función que nadie

más que ellos podría cumplir. Se recurrió al truco de que faltaba un preso para molestarles una y otra vez, en recuentos y pasar lista. Las pistolas seguían sin aparecer. Invocaron el posible riesgo de una agresión; nuevamente se negaron a entrar los vigilantes hasta que no apareciesen las armas. Se retrasaba el rancho más de dos horas. Salimos la comisión a decirle al Director que aquello era un cuento de miedo un poco sospechoso; a partir de ese momento ya no emplearon el procedimiento.

Como habían puesto por condición los mismos presos, ser trasladados a la Celular confeccionando listas de voluntarios, se instalaron dos mesas en el centro del patio y por allí fueron desfilando los que querían marchar. Se organizó el traslado, pero antes tuvimos que pasar por la más terrible provocación. Quisieron hacer un cacheo con la fuerza pública en el patio. De acuerdo con los presos en su asamblea, se aceptó por parte de la dirección que los que entrasen al patio serían soldados. Se retiraron los presos a la iglesia y fueron saliendo en grupos de tantos como empleados habían para cachear. La sorpresa fué grande para todos. La parte izquierda del patio fué tomada por 36 guardias con el fusil preparado y el dedo en el gatillo. Momentos hubo en que la tragedia se apercibía. Conforme iban saliendo los presos, se iban colocando en frente en actitud defensiva. La comisión pensó retirarse. Pesó sobre nosotros la responsabilidad de lo que pudiese ocurrir si nos retirábamos. Optamos por estar allí corriendo la suerte que corriesen nuestros hermanos y nos pusimos en el centro del patio con ellos. Cuando dieron por terminada la asquerosa tarea se retiraron los guardias como si hubiesen librado una gran batalla cubriéndose la retirada y todo. En el aire flotó estentórea una injuria que nadie dijo pero la oímos todos. Hasta ellos. Cuando saltó al jardín de la entrada, el oficial que mandaba las fuerzas de asalto me dijo: «La comisión se la ha jugado esta tarde. Si suena un silbido o una voz, se hubiera disparado y ustedes no hubiesen salido nada bien parados.»

Se pasó lista una vez más; conforme eran nombrados se iban metiendo los presos en la iglesia. Cuando ya estaban casi todos, se estremeron las paredes por el canto de todos los presos. «Bandera negra», «Hijos del pueblo», «Arrojar las bombas», «La Internacional», fueron cantadas con unión. La inmensa nave se llenaba de las notas viriles de los himnos revolucionarios. Un coro de 734 voces ponía en sus acentos el afán de libertad y de una sociedad más justa, y al exterior daba la impresión de truenos inmensos, de tormentas preñadas de amenazas, de fuerzas naturales, sueltas, desatadas. Acaso los restos de los fundadores adormilados por el bisbeo de las grandes e interminables leantías se quedarían atónitos ante las estrofas de los versos rebeldes. Otras veces sentados sobre el altar mayor, formábase el cuadro de «cante jondo». Rasgueaba la guitarra un «común», arrancando los lamentos a la caja sonora. Ensayaba filigranas de sonidos que se perdían por las grandes arcadas de la bóveda y la voz del «cantor» modulaba arpeggios de

Actualidad social

LA FICCIÓN DE LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA

Es en estos momentos en los que comienza a verse y a tocarse el error que han sufrido las tendencias políticas del obrerismo cuando, preconizando la conquista del Estado, se lanzaron a la colaboración con la burguesía en las instituciones que ella creara.

No vamos a hablar de las pequeñas mejoras que han sido arrancadas a la burguesía y sin mención de los principios que la sostienen.

La biología nos enseña que nada de lo que nace y vive tiende por su misma voluntad a su aniquilamiento, y el Estado burgués, como cosa viva y representativa de los intereses de las clases dominantes actuales sigue la ley biológica, asimilando con sus seducciones a los que arriban a él con propósito de quebrantarlo y que le sirven de robustecimiento, y proyectando lejos de sí a los que no son dóciles a la «captación que realizan».

Esta elemental previsión que un organismo o inteligencia animal de las más rudimentarias suele practicar y que estamos acostumbrados a contemplar, no podemos dudar que la tenga la formidablemente bien organizada máquina del Estado, y que sabemos tiene a su servicio cuantos elementos de control y represivos podemos nosotros imaginar.

La burguesía, con la ficción de la soberanía del pueblo encarnada en la democracia parlamentaria, no ha hecho otra cosa que contener el ansia de liberación económica que produjo la Revolución francesa y que continuaba vibrando amenazadora. La ficción le sirvió para agotar una etapa y para consolidarse.

La colaboración popular en los Parlamentos y en los Gobiernos, no ha dado nada superior a lo que lograron los esclavos revelándose; lo que quiere decir, que de no haber existido tal colaboración, el avance social que se ha logrado se hubiera verificado igualmente para contener el descontento, toda vez que, a pesar del parlamentarismo, han tenido que seguir produciéndose unas tras otras las innumerables rebeliones del pueblo que registra la historia, las huelgas revolucionarias y las paralizaciones más o menos completas de la producción, que representaban el exponente de descontento de la masa laboriosa

ruiseñor. La copia canalla que se forjó en las tristezas del burdel, o la mimera compuesta por el barbero mientras tapa la boca en las entrañas de la tierra, rodaban hasta desvanecerse en los rincones de las capillas laterales. Caricia unas veces, sollozo otras, arranques bravíos de fandanguillo retador por el amor de la hembra, o grito de dolor por la «traición». Reivindicación calderoniana del honor; sentido exclusivista de la propiedad de la mujer, «La maté porque era mía», feudalismo amoroso y sexual. Reflejo de un concepto social. Ellos parias de la sociedad; la mujer paria y esclava del macho en celado y vengativo.

JOSÉ PROS

sometida y que iba registrando la burguesía y la política gubernamental en forma de parciales avances en el terreno del Derecho.

No hace falta que dediquemos una sola línea a demostrar hasta qué punto es efectivo ese derecho del ciudadano del estado llano, que está contenido en todas las cartas Constitucionales de todos los países, de ser respetado en su vida, en su trabajo y en su ciudadanía.

La burguesía, pues, en la política de concesiones, no ha pasado más allá de lo que las fuerzas de las organizaciones trabajadoras le arrancaban por el camino de la acción directa, pero dejando nada más esas concesiones como materia litigiosa y ya sabemos cómo en el jurídico, por las dilaciones y gastos, derivan las cuestiones más favorables en perjuicio del derecho del apelante.

Pero hemos llegado ya al límite de ese transacionismo ficticio que constituía la democracia burguesa y con ello retrotraen las clases dominantes el problema de la emancipación económica de los trabajadores, al mismo punto de partida en que quedó al derrumbarse el absolutismo, pese a todas las apariencias en contrario.

Lo poco que se quiera aceptar como efectivamente logrado se convierte en insignificante en cuanto se parangona con el progreso mecánico y científico desde aquella fecha hasta el presente, y que, indudablemente, nadie puede negar el que tiene que haber influido, tanto en el aumento de bienestar como en otras satisfacciones que disfrutamos.

Que estamos en el punto de partida lo dice, el que cuando los partidos políticos socialistas creían haber llegado a realizar una de sus principales premisas: la conquista del poder político, mediante el logro de las mayorías parlamentarias y la formación de Gobiernos, en camino por tanto de intervenir en la ordenación económica de la sociedad según sus principios, las fuerzas burguesas desde las posiciones que conservaban fuera del poder político, lo han declarado inútil como instrumento de gobierno creando en su lugar un nuevo engranaje estatal: el fascismo.

Se ha recorrido la curva ascensional prevista, pero una vez en el término de ella se ha producido la caída vertical hasta el plano de la tiranía que es lo que no habían previsto los marxistas.

Y para eso, son incontables los daños que ha producido a la humanidad: toda la división de tácticas, las claudicaciones y los conformismos alentados desde el colaboracionismo.

La democracia ha quebrado allí donde los problemas exigen para su solución la pérdida de una parte de los privilegios burgueses; en donde no existe ese imperativo puede permitirse el lujo de conservar la ficción.

Todo este proceso ha sido previsto por los teóricos del anarquismo en sus implacables críticas contra la política gubernamental y en la cual no quisieron nunca colaborar por considerarla castradora y confusionista.

KOLDOBIKA

De las tinieblas a la luz

Mi amor por la humanidad sufre, mi gran deseo de bien ante tantas maldades, mi inmenso afán para que todos los individuos podamos llegar a convivir en gran armonía, me llevan a meditaciones lo más profundamente que es posible a un toco trabajador como yo.

Experimento un gran dolor al contemplar, con la impotencia de evitarlos, tantos odios, tantas peleas, tanto afán de predominio, de hacernos daño y de quitarnos el dinero, las joyas, cualquier objeto que represente un valor, la salud y hasta la vida cuando el crimen es el estallido de las pasiones morbosas y ancestrales o cuando, con su ejecución, existe la posibilidad de beneficiar económicamente al criminal.

Patrones y obreros estamos en continua lucha, zorda y entomada a veces, y abierta y franca otras; ellos por pretender pagar los más bajos salarios, por imponer un ho-

vario de trabajo lo más extenso, por exigir una producción siempre mayor y mejor; y nosotros, los obreros, para defendernos de la explotación y el humillante sometimiento de que somos objeto por parte de ellos.

Por el maldito interés de los fabricantes de drogas, con su propaganda comercial, engañan, explotan, enferman a los sanos y matan a los enfermos. Por la misma causa el abogado hace juegos de prestigio con las leyes, enredando en ellas a los ingenuos que van hacia él en procura de justicia. Y el juego es tan perfecto que, generalmente, saben quedarse con el santo y la limosna. Para servir a los privilegiados, que para eso le pagan, el juez condena despiadadamente a los delincuentes pobres que caen en sus manos, cerrando los ojos y tapándose los oídos con los otros, delincuentes al fin, pero más grandes y de alta categoría, poniendo mucho cuidado en conservar siempre intacta la causa principal y generalizadora de la delincuencia.

Por análogos motivos, el falso patriota engaña y difunde grandes errores; el maestro de escuela, tergiversa el sentimiento de humana y universal bondad, trocándolo por un patriotismo de guerra y de exterminio, imponiendo dogmático-

mente a los inocentes niños una historia de masacres horrosas, sublimadas de valor, coraje, «honra» y heroísmo.

Para lograr grandes privilegios y beneficios materiales de toda clase, el político engaña al pueblo que lo sostiene. Por la mala distribución de la riqueza social, el criminal nace, el ladrón roba, el pendenciero pelea, el capitalista estafa, el militar asesina, el cura engaña...

Toda la vida de todos los hombres es una guerra tenaz y eterna, despiadada y de exterminio recíproco. Hemos establecido un sistema tan pésimo de convivencia que, para no sucumbir, debemos estar en permanente lucha, desde la cuna a la fosa, todos contra todos. Debido al sistema irracional y absurdo por el cual nos regimos, el bien de uno depende del mal que él puede hacer a los demás y viceversa.

Y nos aguilamos todos bárbaramente. ¡Qué humanidad más estúpida que no sabe, o no es capaz de evitar errores tan lúbridos y funestos que nos martirizan y nos matan prematuramente a todos!

De esta forma nos construimos nuestra propia jaula, jaula que la educación recibida y el atavismo mantienen vedada a los ojos de la multitud rutinaria y ciega de prejuicios, pero no por eso su existencia

es menos real y opresora que cualquier otra jaula.

El apoyo mutuo lo trocamos en odio y guerra mutua. Nos forjamos nuestras cadenas; nos construimos nuestras cárceles; nos cavamos nuestras fosas; yo a mis vecinos, ellos a mí.

Se fomenta el odio destructor y se destruye el fecundo amor que nos haría vivir a todos contentos y felices.

El egoísta interés individual anula las buenas ideas, los buenos sentimientos, y hace imposible las buenas acciones que nos son indispensables para vivir una vida de dicha y amor universal.

El dinero, símbolo de privilegios, de autoridad y predominio, endurece el corazón, corroe los nobles sentimientos, destruye la amistad, lo parentela, el propio hogar y la propia familia. Lo que debería ser un nido de amor sublime, es, generalmente, un hervidero de peleas, odios, envidias y rencores mal contenidos; en el choque de los intereses individuales, contrarios entre sí, estalla la chispa que enciende el fuego de las discordias, trocando todos nuestros sentimientos altruistas y humanos en terrible veneno que paulatinamente va mutando nuestra organismo. La crónica policial diaria nos informa con

abundantes y truculentos detalles de la guerra a muerte que existe en muchos hogares entre marido y mujer, hermano y hermano, padre e hijo, cuyo origen surge generalmente del personal y antagónico interés. Estamos tan poseídos de mezquinos intereses, de pequeños y grandes egoísmos y rivalidades, que al poner al servicio de ellos nuestra inteligencia humana, obramos tan mal que aventajamos en mucho a las peores fieras.

Vivimos aquí equivocadamente. No cabe duda. Ahora bien, ¿cómo salir de esta mortificante equivocación?

A cada uno de nosotros nos parece que el único ser bueno que pinta y obra bien, es él, solamente él; todos los demás quien más quien menos, son malos, injustos, están equivocados y se encuentran en la peor ignorancia. Y esta convicción íntima satisface nuestro propio orgullo, nos justifica ante nuestra conciencia, nos hace engreídos, vanidosos, presumidos y flo que es peor, nos induce a persistir en los mismos graves errores, en el mismo camino proceder. Estas auto justificaciones, irracionales presunciones y ciegos fanatismos nos cierran la puerta del libre análisis, del claro razonamiento, de la justa apreciación y el estudio amplio y

sereno, imparcial y profundo de nuestra propia conducta, impidiéndonos, por lo tanto, la posibilidad de desarrollar nuestras virtudes. Y de la perfección individual llegar a la perfección colectiva, y gozar todos el bienestar y la dicha infinita.

La exclusividad económica que estamos sufriendo pobres y ricos, nos obliga a vegetar en un gran atraso moral que contrasta evidentemente con nuestra inteligencia. Por no podermos cultivar intelectualmente, obramos por pasiones instintivas y morbosas, por ímpetus crueles y sanguinarios, convirtiendo al mundo en un infierno dantesco. La múltiple educación recibida y los intereses individuales nos presentan a todos nuestros semejantes como terribles enemigos en acecho, de los cuales tenemos que estar en guardia, siempre listos para la defensa y el ataque, con uñas y dientes.

Por eso yo, ante tan doloroso espectáculo, en un anhelo de encontrar un «medio eficaz a tanto mal, me pregunto: ¿Somos todos malos? ¿Somos todos buenos o capaces de llegar a serlo? Si hay buenos y malos (como generalmente se cree) ¿quiénes son los buenos? ¿Quiénes los malos? por A. de Carlo